

vas. Una monografía ejecutada de este modo enseña más sobre la historia poética de un pueblo, y sugiere más fecundas ideas y comparaciones que un curso entero de historia literaria. Y para que nada faltase en este libro, ni siquiera la amenidad inherente á los relatos de viajes, corona el autor su magnífico trabajo relatándonos el que hizo en 1895 por la Castilla épica, recorriendo los principales itinerarios descritos en los cantares de gesta, y recogiendo de boca del pueblo todos los recuerdos y tradiciones locales que pueden servir para ilustrarlos. Esta exploración en que ningún erudito había pensado, esta nueva aplicación del método crítico á la leyenda viva aunque adulterada, este ensayo de geografía poética, ha dado al Sr. Menéndez Pidal sorprendentes resultados, no sólo en el tema de los Infantes, sino también en el del Cid.

Tal es el libro del Sr. Menéndez Pidal por lo que toca á su materia y contenido; pero lo que no puede resumirse en pocas líneas, lo que hay que estudiar en cada página de la obra misma, es el método preciso, severo, verdaderamente científico que la informa. Ni declamaciones, ni vaguedades: el autor se ciñe sobriamente á su asunto, y llega á apurarlo; pero como tiene el don de ver lo general en lo particular, ilustra de paso y con gran novedad y discernimiento ya la teoría histórica de nuestra epopeya, ya los puntos más oscuros de nuestra primitiva versificación, ya las instituciones y costumbres á que se alude en los

poemas, ya las frases de dudosa interpretación que en ellos ocurren.

La crítica, unánime esta vez en la alabanza, rara vez tributada hoy á libros españoles, saludó con júbilo y con profundo respeto esta sabia restauración de un monumento casi destruído; y por boca de los más eminentes maestros de la erudición medioeval, comenzando por el venerable Gaston Paris, que le dedicó dos largos artículos en el *Journal des Savants*, declaró que el estudio era definitivo; que después del Sr. Menéndez Pidal era inútil volver sobre la materia, y que nuestro joven filólogo había descubierto y demostrado de un modo irrefutable que la vida de la epopeya castellana había sido más larga, más rica y más variada que lo que se había creído hasta ahora. Nuestro insigne correspondiente Morel-Fatio, á quien tanto deben en Francia los trabajos hispánicos de historia y literatura, terminaba su artículo de la *Romania* con estas palabras: «Si este libro es leído y comprendido, puede provocar en España un verdadero renacimiento de los estudios filológicos é históricos.»

En los cinco años transcurridos desde la publicación de la *Leyenda de los Infantes*, el Sr. Menéndez Pidal ha comenzado á desenvolver algunas partes de su magnífico programa, que cuando esté íntegramente realizado, equivaldrá á una renovación total de la historia de nuestra lengua y literatura durante los siglos medios. En las *Notas al Romancero de Fernán*

González nos ha dado, con título modesto, otro capítulo de nuestra poesía heroica, tan nuevo, tan ingenioso como el primero.

Pasaba hasta ahora por inconcuso que los cantares de gesta relativos al primer Conde soberano de Castilla, habían desaparecido del todo, atribuyéndose esta pérdida al uso que la *Crónica general* hizo del poema de clerecía que como texto erudito había suplantado á las canciones de los juglares, borrando hasta sus huellas. Quedaba, por tanto, una laguna entre el Poema y los romances, y era imposible explicar la filiación de algunos de ellos (especialmente de aquel tan arrogante y brioso de la entrevista del vado de Carrión), con el único apoyo de los fragmentos de la *Crónica Rimada*, como pretendió Milá. Estudiando á fondo la *Segunda Crónica general*, la de 1344, encontró el Sr. Menéndez Pidal inesperada luz para resolver este problema, y confirmar de nuevo su teoría sobre la que podemos llamar segunda edad de nuestra epopeya. En este ciclo, lo mismo que en el de los Infantes, la elaboración épica duró mucho más de lo que se ha supuesto, y no fué interrumpida por la redacción de las Crónicas. Los compiladores y refundidores de éstas siguieron prestando atento oído á las variaciones del canto popular, y conforme á ellas retocaron sus historias, dejando siempre en su ingenua y desatada prosa reliquias de versificación, reliquias de diálogo, todos los caracteres de la manera épica, en suma. Hubo un nuevo

cantar, acaso varios, sobre las hazañas de Fernán González, á fines del siglo XIII ó principios del XIV, es decir, en el intermedio de las dos *Crónicas generales*, y cabalmente en uno de los fragmentos que la segunda nos ha conservado está la substancia del romance *Castellanos y Leoneses*, cuyo remoto origen y carácter francamente heroico había reconocido Milá, sin acertar con la fuente verdadera. De este modo se ensanchan cada día los términos de nuestra epopeya: se adivinan ó reconstruyen nuevos poemas perdidos: empiezan á poblarse los que antes parecían desiertos anales poéticos de nuestra Edad Media: indicaciones casi perdidas, cobran ahora su valor dentro del íntegro proceso histórico: el análisis va penetrando hasta los últimos tejidos de la materia tradicional, que tantas veces renovada y siempre viva, comienza á bullir y agitarse bajo la mano del sabio y paciente investigador, como si aspirara á organizarse de nuevo.

Todo libro ó memoria del Sr. Menéndez Pidal sugiere otros muchos, y contiene mucho más de lo que su título indica. ¿Quién podría sospechar, si no conociese al autor, que bajo el modesto título y forma de un *Catálogo de las Crónicas generales de España existentes en la Biblioteca particular de S. M.* (Catálogo que, aun considerado como tal, es perfecto modelo en su línea), se ocultase nada menos que el primer estudio formal acerca de la historiografía española, la primera y afortunada tentativa para desembrollar

el caos de las innumerables redacciones y refundiciones, compilaciones y epítomes que consultados aisladamente por los eruditos antiguos han traído tantas confusiones al campo de la historia positiva, y al de la historia poética y legendaria, que no es menos real que aquélla aunque lo sea con otro género de verdad más honda? El Sr. Menéndez Pidal ha penetrado con paso firme en este laberinto, y podemos seguirle con entera confianza. El árbol genealógico que ha llegado á trazar de todas las ramas cuyo tronco es el gran libro de Alfonso el Sabio, puede tenerse por definitivo, salvo algún hallazgo imprevisto. La munificencia de la Casa Real ha costado la edición de este magnífico Catálogo, que será el primero de una serie destinada á revelar los tesoros bibliográficos de aquella colección poco frecuentada y conocida por los eruditos hasta nuestros días.

Nada os diré, señores Académicos, de la *Gramática y Vocabulario del Poema del Cid*, puesto que premiándola por unanimidad, habéis dado el más alto testimonio de su mérito, con honra vuestra y de la ciencia filológica española, que crecía obscura y tímida entre unos pocos *autodidactos*, y que por primera vez logra en la persona del más joven é ilustre de sus representantes la doble consagración de un triunfo en público certamen y de una cátedra abierta por primera vez para su enseñanza, cátedra que, mientras la ocupe tal profesor, no ha de ser un nuevo foco de vanidad y palabrería, sino verdadero la-

boratorio en que se forme y adiestre una legión de trabajadores, destinados acaso á completar la labor de su maestro en cuanto á la Edad Media, y, sobre todo, á aplicar los mismos procedimientos de alta crítica y vigilante indagación á los textos de la época clásica, que hasta ahora sólo han sido estudiados, y eso de una manera incompleta, desde el punto de vista de la crítica literaria.

Nada diré tampoco de la novísima edición que nuestro compañero ha hecho del *Poema del Cid*, aplicando á ella todos los recursos de la ciencia paleográfica, y aun de lo que pudiéramos llamar arte de la paleografía, sin retroceder ante el empleo de reactivos para tratar el códice: menos enérgicos, sin embargo, que el reactivo de su privilegiada y nativa sagacidad que le ha ayudado á descifrar lo que nadie antes de él había advertido, y á restablecer versos enteros, entre ellos los últimos del poema, sujetos hasta ahora á tantas controversias. Esta edición ha fijado de tal modo el texto, que puede sustituir con entera seguridad al códice original, haciéndole inútil si no fuera tan venerable; y bien puede su afortunado poseedor encerrarle desde hoy en vistoso relicario que le defienda de manos profanas ó codiciosas, pues sin riesgo puede asegurarse que nadie leerá en él más de lo que el Sr. Menéndez Pidal ha leído.

Me falta espacio, señores, para compendiar y poner ante vuestros ojos todos los servicios que el nuevo Académico ha prestado á la erudición española en

su parte más oscura y difícil. Cualquier artículo suyo, cualquier *recensión* de un libro, una simple nota etimológica como las que ha publicado la *Romania*, contienen algo nuevo y á veces novísimo, algo que hace pensar y que abre camino para futuras investigaciones. El Sr. Menéndez Pidal se ha librado hasta ahora, y gracias á su método y á su carácter se librará siempre, de escribir ninguna palabra ociosa, de sacrificar á la retórica lo que se debe á la verdad, de proceder por aproximaciones y tanteos y no por vista real y sincera de la cuestión que se estudia, de afirmar temerariamente cuando se debe dudar, de abstenerse tímidamente cuando se debe afirmar. Une á la valentía de pensamiento y á la sabia moderación del estilo, el más nimio escrúpulo de la exactitud y el desinterés científico más absoluto, que en modo alguno ha de confundirse con la indiferencia, pues sin particular vocación, sin amor entrañable al asunto, sin el fervoroso amor de patria que es el genio latente de todas estas empresas, ¿quién iba á imponerse en la edad más floreciente de la vida, trabajos tan arduos, tan pertinaces, tan duros, tan inaménos, que bastarían para quebrantar una organización de hierro, á no sostenerla aquel sobrenatural poder que proporciona sabiamente los medios á los fines y nunca desampara al artífice de una obra honrada, hasta que la ve dignamente cumplida?

HE DICHO.

